LA INFANCIA DE WALTER SCOTT.

Ginnevra D.

Image not found.

Capítulo 1

LA INFANCIA DE WALTER SCOTT.

[De la excelente vida de Sir Walter Scott [1771-1832], de Donald MacLeod, recién publicada por Charles Scribner, tomamos un capítulo interesante.]

La infancia del joven Walter no pasa sin peligro y aventura: tampoco fluye sin una gran ternura y amables simpatías; el niño ama y es amado.

Su niñera estaba tísica, sin embargo, se lo oculta a sus padres, hasta que se alarma ella misma, va a consultar a un famoso profesor, el Dr. Black. El doctor, por supuesto, revela el estado de salud de la mujer al señor Scott, y el pequeño Walter es enviado a una campesina rolliza, para su mejora. Ella vivía todavía en 1810, y le encantaba jactarse de que su "niño" era ahora un gran caballero.

Todo va bien hasta que Walter tiene dieciocho meses y comienza a pasearse por ahí. Una noche se encuentra muy despierto después de las horas adecuadas, no acepta que lo lleven a la cama, corre por la habitación, con poca ropa, se mete debajo de las mesas y detrás de las sillas, y al final es atrapado, no sin dificultad, y lo meten en su cuna. Por la mañana tiene fiebre alta, que dura tres días, y amenaza con consumir la vida infantil. El buen Dr. Rutherford, su abuelo y otros sabios médicos lo asisten. Se le ordena un baño, se descubre que ha perdido el uso de su pierna derecha; no se pueden probar dislocaciones ni esguinces; no hay hinchazón, ni decoloración, ni distorsión, solo que él no puede caminar. Cuando los médicos regulares no pueden hacer nada, se recurre a los empíricos y se intenta probarlos; pero todo es en vano; y, como último recurso, el pequeño Walter es enviado a Sandy Knowe, la granja de su abuelo, para ver si puede recuperar el uso de su pierna derecha en el campo.

Para no molestar a la familia, una criada fue enviada con él para cuidarlo y cargar con él. Pero ella, la pobre chica, había dejado su corazón en Edimburgo con un tipo feroz y canalla que le había prometido más de lo que alguna vez había intentado cumplir. Por lo tanto, odiaba su carga infantil, como la causa de su separación de su amante. Esto pronto se convirtió en un delirio; y un día ella le confesó a la vieja Alison Wilson, el ama de llaves de Sandy Knowe, que había llevado al niño hasta los riscos, siendo fuertemente tentada por el Malvado para cortarle la garganta con sus tijeras y enterrarlo en el musgo. Ante esta confesión, Alison se hizo cargo del niño, Betty fue despedida, regresó a Edimburgo, y de allí a un manicomio, donde murió.

Sandy Knowe se encuentra al pie de un campo de riscos, en cuya cumbre se alza el castillo en ruinas de Smallholroe: desde allí, la vista abraza a Mertoun, sede de los Hardens, una curva del rápido Tweed; la grisácea abadía de Dryburgh, rodeada por antiguos tejos; los picos púrpuras de Eildon, donde el verdadero Tomás de Ercildoune se reunió con la reina de las hadas, y el sombrío desierto de Lammermoor. Hacia el este se ve la desolada grandeza del Castillo Hume; hacia el oeste, las gloriosas ruinas de Melrose; y, en la distancia, flotan las nubes de muchos colores sobre las montañas de Ettrick y de Yarrow. —Es aquí —dice—, que tengo la primera conciencia de la existencia.

Walter estaba por cumplir unos tres años, sin exhibir ningún poder locomotriz; y vemos dos escenas que bien podrían pintarse si Wilkie estuviera aquí para hacerlo. -

Entre otros charlatanismos, una anciana había ordenado que cada vez que mataban a una oveja, el pequeño debía ser desnudado y envuelto en el pellejo apestoso, como forma de cura para su cojera. En su edad avanzada, se recordaba él en este vestido grosero, con su abuelo y un valiente soldado, Sir George MacDougal, de Makerstoun, tratando de hacerlo gatear. Habría sido una muy buena pintura dibujando al antiguo caballero con abrigo militar pasado de moda, con un pequeño sombrero ladeado, muy adornado en encaje de oro, chaleco escarlata bordado y "pelo blanco como la leche", en cuatro patas en la alfombra, arrastrándose hacia atrás, y lentamente halando por la cadena su pesado reloj de oro, seguido por el original niño, tan extrañamente envuelto en piel de oveja.

No menos agradable sería ese grupo familiar, contado por la señora Duncan, de la vieja señora Scott, sentada con su rueca a un lado del fuego, en un salón limpio, limpio; el viejo abuelo, muy decaído, en la silla contigua, y un niño pequeño, tirado en la alfombra a los pies del viejo, escuchando lo que la tía Jenny estaba leyendo de la Biblia o de otro buen libro.

Tibby Hunter, un sirviente de Sandy Knowe, lo recordaba bien; y en 1836 todavía tenía la cubierta, "los huesos", lo llamaba ella, de un libro de salmos, que el Maestro Walter le dio. "Eligió", dijo ella, "letra muy grande, para que yo la leyera cuando estuviera '*mu veja*', cuarenta años atrás, pero los niños sacaron las hojas, *lang syne*".

Tibby testifica aún más que Walter era "un de temperamento dulce, y querido por todos en la casa"; y que a los ordeñadores les encantaba llevarlo con ellos cuando iban a su tarea diaria, y él "era muy *pesao* (rápido) en el proceso, y pronto conocía cada oveja y carnero por las marcas de la cabeza tan bien como cualquiera de ellos.

"Luego, también estaba el magistrado municipal de reses, el viejo Sandy Ormiston, que solía ponerlo sobre sus hombros, y llevarlo al pasto donde

se alimentaba el ganado, y contándole historias de los viejos tiempos, Sandy lo olvidó un día entre los montículos, y se produjo una violenta tormenta, y la tía Jenny pensó repentinamente en él y salió corriendo en la tormenta para llevarlo a casa. Lo encontró acostado de espaldas en el brezo, mirando al relámpago, y aplaudiendo sus diminutas bandas, y gritando "¡Lindo, Lindo!" en cada destello.

Aproximadamente en esta época murió el abuelo, pero la abuela todavía se sentaba en el "*ingle neuk* "con su rueca, y esperaba pacientemente hasta que el hilo se rompiera, y el ángel de Dios le trajera el mensaje de muerte a ella.

La tía Jenny estaba allí, también, enseñándole a Walter baladas de Hardyknute, y fragmentos de la historia de Josefo , leyéndoselos pacientemente una y otra vez, hasta que el niño podía repetirlos de memoria. De hecho, él aprendió la balada demasiado bien para el viejo doctor Duncan, que era el ministro de la parroquia, y tenía "piernas delgadas, envueltas en botas altas abrochadas", y una cara larga como el Caballero de La Mancha, y que solía decir cuando Walter interrumpía su sobria conversación gritando las hazañas de Hardyknute: "Uno puede hablar en la boca de un cañón como desde el lugar donde está ese niño". Un buen anciano, el doctor, y había conocido a Pope y otros notables de la época de la reina Ana.

Las pieles de oveja que apestaban al "*cheviot*'' sacrificado o "*muirland tup* ", que se consideraban muy inútiles para la cura de la desafortunada pierna derecha, se decidió intentar baños; y la tía Jenny y su sobrino se despidieron temporalmente de Sandy Knowe y viajaron hacia Bath. Mientras tanto, la vida al aire libre en casa del abuelo y la impaciencia del niño habían efectado en parte lo que la piel de oveja había fallado en hacer, y Walter comenzó a pararse un poco, y de paso a caminar y correr, aunque aún de forma con cojera.

Se detuvieron para ver los espectáculos de Londres, y luego bajaron a las aguas, donde pasaron un año, probando la sala de bombeo y los baños, y cualquier otra cosa que fuera habitual, sin que, sin embargo, se beneficiara en la cojera. Aquí Walter adquirió los rudimentos de la lectura de una anciana que mantenía una escuela cerca de su alojamiento. John Home, el perseguido autor de Douglas, estaba en Bath, y fue muy amable con la tía Jenny y el pequeño cojo. El tío Robert, el capitán, también vino y se llevó a su sobrino al teatro, donde vio "*As You Like It*", y se escandalizó porque Orlando peleaba con sus hermanos, —¿Qué? —rugió, para la perturbación de sus vecinos—, ¿no son hermanos?" A los cuatro o cinco años, las discusiones fraternales eran extrañas e incomprensibles para él.

Luego, siempre en compañía de la tía Jenny, Walter regresó a Edimburgo y a la casa de su padre, en George's Square; porque poco después del

nacimiento de Walter, se mudaron del College Wynd, que era considerado poco saludable. Aquí la señora Cockburn lo vio, y estuvo lo suficientemente impresionada por él como para hacerle objeto de una carta al ministro de su parroquia. Ella pensó que el chico era "un genio extraordinario".

Estaba leyendo una descripción de un naufragio a su madre cuando la visitante entró. Su pasión se elevó con la tormenta. Levantó los ojos y las manos, —Ahí está el mástil —dijo—; Explosión, ¡ahí va! Todos perecerán.

Luego, dirigiéndose a la dama desconocida, dijo:

—Esto es demasiado melancólico, será mejor que le lea algo más divertido.

Ella, sin embargo, prefirió conversar con él y le preguntó sobre Milton y otros libros que estaba leyendo. Él no creía que fuera correcto que Adán, acabado de entrar en el mundo, estuviera tan bien informado y suponía que era una fantasía del poeta. Pero cuando le dijeron que el primer hombre había llegado perfecto y completamente desarrollado de la mano de Dios, cedió.

—Tía Jenny —dijo, en la noche—, me gusta esa señora.

—¿Qué señora? —preguntó la tía Jenny—. Pues, la señora Cockburn; porque creo que es una virtuosa, como yo.

—Querido Walter —dijo la tía Jenny—, ¿qué es un virtuoso?

—Oh, ¿no lo sabe? Pues es uno que desea saber y lo sabrá todo.

Hay algo en este discurso de la boca de un niño de apenas seis años de edad. La buena señora no podía admirarlo más, y, de hecho, encontró en él algunas cualidades que probablemente él no poseía.

—Ha adquirido el acento inglés perfecto, dice ella.

Pero si eso era cierto, muy pronto lo perdió y nunca más lo adquirió; pero nos gustaría pensar que nunca hubo un momento en que el dulce "*burr*" no se escuchara en su lengua escocesa, porque ¿no estaba acaso en su corazón escocés?

Otra señora, la señora Keith, de Ravelstone, recordaba al niño sentado frente a la casa, cuando una criatura pobre, escuálida y hambrienta vino a pedir caridad. Cuando el mendigo se retiró, el criado le dijo a Walter lo agradecido que debería estar de encontrarse en una situación que lo protegía de tanta necesidad y miseria. El chico levantó la mirada con

expresión medio melancólica, medio incrédula, y dijo:

—¡Homero era un mendigo!

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó el otro.

—¿Pues, no te acuerdas? —preguntó Walter.

"*Siete ciudades romanas lucharon por la cabeza de Homero,*

¡A través de la cual el Homero vivo pidió su pan!"

Los críticos, al menos los más indulgentes, podrán, puede ser, perdonar al romano a un niño de siete años.

Se pensó que los baños de mar eran buenos para él, y fue llevado a Preston Pans, donde conoció a dos personas famosas. El primero fue el Capitán Dalgetty (en realidad un alférez), una reliquia de las guerras alemanas, y luego preservado en la Leyenda de Montrose. Walter y el capitán solían pelear la guerra de los Estados Unidos entre ellos, ya que esto era justo en el período de la lucha de las Colonias por la Independencia.

El otro conocido era el Sr. George Constable, cuyas peculiaridades le proporcionaron material para Monkbarns, el anticuario. En una cosa, sin embargo, difería del antiguo abusador de la mujer; Walter sospechaba que estaba enamorado de la tía Jenny, que seguía siendo muy hermosa, con los mejores ojos y dientes que su sobrino conocía. De este conocido, él escuchó hablar por primera vez de Falstaff y Hotspur, y una gran cantidad de información curiosa. De hecho, a Walter parece haberle gustado mucho más que a la tía Jenny; porque él nunca llegó más allá del filtreo, y la tía Jenny, con sus hermosos ojos y sus lindos dientes, siguió su camino,

"*En su meditación de doncella, libre de quimeras*".

El tío Thomas se convirtió en el administrador de Sandy Knowe después de la muerte del abuelo; y cuando Walter regresó de Preston Pans, lo ascendió del viejo hombro de Sandy, a un pony más pequeño que muchos perros de Terranova. Lo amaba ya que amaba a todos los animales y lo apreciaba; y llegó el día mucho, mucho después, cuando colocó a un pequeño nieto propio sobre la espalda de un descendiente lineal de ese mismo pequeño pony.

Pero la vida infantil independiente de Walter a orillas del mar y entre los brezos, con cariñosos empleados municipales y pintorescos Dalgetties y el tío Thomas, el proveedor de ponis, y la abuela con su rueca al lado del fuego y, sobre todo, la querida tía Jenny, con sus hermosos dientes y

ojos, y Monkbarns flirteando con ella, todo esto estaba casi por terminar; y el niño debía regresar a Edimburgo y vivir con su hermano y hermana, y aprender lo que significa un estricto domingo escocés calvinista. Debía comenzar a pensar en la escuela y el mundo, y tener "*su neb toeel keepit doun to the buik*".

Era una casa muy diferente a la de Sandy Knowe, donde el niño era señor y amo, y como dijo Tibbie Hunter, "un amor para todos en la casa". La madre era parcial con el niño cojo, pero después de todo ya no era el único. Ese sábado "severamente estricto" se grabó en la memoria del niño, con sus largos sermones, y lecturas no permitidas más ligeras que el Peregrino de Bunyan y la Muerte de Abel de Gesner. La semana se pasaba mejor, leyendo en voz alta a la madre fragmentos del Homero de Pope, Evergreen de Allan Ramsay, y recitando viejas baladas de la Frontera, y canciones sobre "Auld Watt of Harden" y la dulce "Flor de Yarrow". Pero estaba el hermano Robert, audaz y altivo, y con frecuencia notablemente tiránico hacia Walter, pero amado ardientemente por el niño. Era un poco poeta, escribió versos legibles y los cantó bastante bien. Un guardiamarina, él podía "*hilar muchos cuentos*" de aventuras audaces y escapes peligrosos; pero cuando estaba de mal humor, exhibía "lo que era la disciplina del buque de guerra, y pateaba y cacheteaba sin piedad". Después de un tiempo se fue a las Indias Orientales y murió allí.

John, el segundo hermano, unos tres años mayor que Walter, era un soldado, que llegó a ser mayor, y murió en 1816.

También estaba la "infortunada hermana Anne", que estaba en una condición cada vez peor de lesiones corporales. Un día, la puerta de una barandilla de hierro se cerró y aplastó sus dedos; en otra ocasión estuvo a punto de ahogarse en un estanque o una antigua cantera; al final, su gorra se incendió y le afectó tanto que, durante sus veintisiete años de vida, nunca se recuperó por completo.

Thomas era el hermano favorito, un hombre bueno e inteligente, que se convirtió en pagador del 70º regimiento y murió en Canadá. El hermano Daniel parece haber sido completamente inútil y perfectamente incurable. Sin éxito durante toda su vida, murió en 1806, cuando acababa de regresar de las Indias Occidentales.

Entre ellos, Walter se acomoda tan bien como puede, hasta su noveno año, en cuyo momento se decide que su vida infantil debe terminar.

1853

No es una traducción muy pulida, pero creo que se entiende el significado.
GinnevraD